

Evolución biológica y cambio lingüístico

Eugenio CONTRERAS DOMINGO

Departamento de Filología Inglesa I
Universidad Complutense de Madrid
eugenio.contreras@filol.ucm.es

Recibido: febrero 2005

Aceptado: abril 2005

RESUMEN

El libro objeto de este artículo-reseña explora un enfoque del cambio lingüístico que tiene su base en la biología y que está fundado en un modelo abstracto de evolución desde una perspectiva darwiniana. Dado que la biología ha sido fuente antigua de inspiración para la investigación del cambio lingüístico, comenzaremos por mencionar sucintamente las relaciones entre ambos terrenos de estudio (§1). A continuación, expondremos la fundamentación teórica en la que se basa el enfoque evolutivo en el ámbito lingüístico (§2), para pasar a detallar los aspectos principales del modelo biológico que inspira el desarrollo teórico del libro (§3). Las secciones §4 a §6 recogerán las características fundamentales del modelo. En §7 realizaremos una comparación del modelo con otras teorías y acabaremos con una breve conclusión (§8).

Palabras clave: cambio lingüístico, evolución, biología, darwinismo, lingüística histórica, tipología, sociolingüística.

Biological evolution and linguistic change

ABSTRACT

The present article reviews the contents of the book *Explaining Language Change: An Evolutionary Approach*, which explores language change from an abstract, biology-based evolutionary model from a Darwinian perspective. Owing to the fact that biology has for long been an inspiring source for research in language change, a brief comment on the relations between both fields of study (§1) seems to be in order. The theoretical basis for an evolutionary approach in the area of linguistics is presented in §2, followed by the exposition of the main aspects of the biological model on which the theoretical framework of the book is based (§3). The key characteristics of the model are included in sections §4 to §6. In §7 a comparison between this model and other theories of language change is made and the final section (§8) includes a brief conclusion.

Key words: language change, evolution, biology, darwinism, historical linguistics, typology, sociolinguistics

SUMARIO: 1. Relaciones entre biología y lingüística: breve repaso histórico. 2. Hacia un modelo evolutivo del cambio lingüístico. 3. Análisis generalizado de la selección (Hull 1988). 4. Teoría de selección de enunciados (Croft 2000). 5 Mecanismos. 6. Iconos canónicos: zoocentrismo y progreso. 7. Teorías compatibles y teorías incompatibles. 8. Conclusión.

CROFT, WILLIAM (2000) *Explaining Language Change: An Evolutionary Approach*. (Longman Linguistics Library). London: Longman. ISBN 0-582-35677-6. xv + 287 pp.

1. RELACIONES ENTRE BIOLOGÍA Y LINGÜÍSTICA: BREVE REPASO HISTÓRICO

La relación conceptual entre la lingüística y la biología se remonta al siglo XIX, periodo del inicio de la lingüística como disciplina científica, contemporáneamente a la aportación más trascendental de la biología, la teoría de la evolución de Darwin, dada a conocer fundamentalmente tras la publicación de *El origen de las especies* en el año 1859. El propio Darwin mencionó en esta y en otras de sus obras el paralelismo existente entre la formación de las lenguas y la de las especies. Este paralelismo le vino sugerido por la investigación en el terreno de la filología comparada indoeuropea. Ya en el primer tercio de dicho siglo (por parte de Jakob Grimm en 1822 y, aún antes, de Rasmus Rask en 1818) se comenzaron a enunciar “leyes” de cambio fónico partiendo de la convicción de que las lenguas de esta familia provenían de una única lengua ancestral común a todas ellas. La culminación gráfica de ello la ofrece la *Stammbaumtheorie* de August Schleicher, quien ya en 1853 adelantaba un árbol genealógico de las lenguas de forma semejante a la representación de la diversificación de las especies biológicas que posteriormente constituiría la imagen más conocida de la evolución de las especies. A este respecto, se ha llegado a afirmar que “Indo-European comparative philology was already Darwinian in spirit before Darwin” (Harris y Taylor 1997: 191).

Esta conexión con la biología se veía impulsada por una concepción de la lengua como entidad histórica, por tanto susceptible de variación y mutable con el paso del tiempo, y por ello en cierto modo equiparable al comportamiento observable en la historia de las especies biológicas. El surgimiento del estructuralismo y del posterior generativismo reemplazó esta concepción por la de una lengua como sistema homogéneo y autónomo, plasmado en una gramática supuestamente única para un conjunto de oraciones admisibles para dicha gramática. La variabilidad y la consiguiente mutabilidad de la lengua quedaron desplazadas del interés central de la llamada teoría del lenguaje, que debió valerse de la idealización de un hablante/oyente ideal en una comunidad lingüística homogénea. El cambio lingüístico quedó así relegado a una especie de apéndice en la investigación lingüística. Por su parte, los estudios biológicos vivieron un declive durante el periodo central del s. XX, que les hizo merecedores de una baja valoración por parte la filosofía de la ciencia, debido fundamentalmente a no haber logrado un esquema conceptual con suficiente grado de generalidad como en el caso de las ciencias físicas (cf. Lewontin 1997: 115). Por una y otra razón, pues, durante la mayor parte del siglo pasado la biología y la lingüística siguieron caminos separados.

Esta situación ha cambiado de manera notable sobre todo a partir de la pasada década de los ochenta. La biología ha experimentado una intensa revitalización de sus estudios (en lo que ha venido en llamarse “neodarwinismo” o “síntesis evoluti-

va”), y de manera simultánea se ha producido en otras disciplinas un desarrollo de diversos modelos científicos novedosos para la práctica investigadora tradicional –teoría de catástrofes, del caos, sinérgica–, los cuales pretenden explorar el comportamiento de los fenómenos complejos en el complicado equilibrio, intrínsecamente dinámico y mutable, entre la estabilidad e inestabilidad de los mismos (Bernárdez 2001). Los sistemas biológicos se revelan como uno de los mejores exponentes para el estudio de estos fenómenos. Por su lado, gran número de estudios lingüísticos estaban ya centrandó su investigación en terrenos alejados de una gramática abstracta y formal que partía de la premisa de un hablante idealizado en el seno de una homogeneidad igualmente idealizada de la comunidad lingüística. Siguiendo la estela de la profunda renovación de los métodos científicos que, renunciando a las idealizaciones reductoras características de la etapa anterior, pretenden ahora escudriñar la complejidad inherente a su objeto de estudio, la exploración lingüística ha dirigido su actividad hacia nuevos terrenos en los que se pretende abordar el complejo uso del lenguaje. En efecto, la finalidad subyacente a la investigación de disciplinas tales como la sociolingüística, las gramáticas funcionales, el análisis del discurso, la lingüística cognitiva, entre otras, es explícitamente el uso lingüístico concreto y real manifestado (manifestándose) en comunidades lingüísticas concretas y reales, esencialmente heterogéneas. La lengua ha vuelto así a recuperar la concepción de entidad concreta, empíricamente real, sustancialmente variable y modificable, en suma, una entidad espacio-temporal, y por tanto íntimamente relacionada con sus contingencias históricas, al igual que ocurre con las especies biológicas.

De este modo, se ha restaurado la interconexión entre los estudios biológicos y los lingüísticos, ahora bajo una nueva luz, incorporando el resultado de las investigaciones que se llevan a cabo. Estas relaciones se están investigando en al menos tres tipos de estudios. Por un lado, la investigación sobre la evolución del lenguaje, entendida como exploración sobre los orígenes del lenguaje, o la capacidad cognitiva y social específicamente humana para el lenguaje, tanto desde el punto de vista ontogenético como filogenético (entre otros, Christiansen y Kirby 2003; véase Bernárdez 2004: caps. 7 y 11). Otra área de investigación se ocupa de la correlación entre los análisis genéticos de las poblaciones humanas, la arqueología y la clasificación de las lenguas del mundo desde el punto de vista de sus conexiones mutuas y su expansión a lo largo de la historia (Cavalli-Sforza 1993/1994; véase Bernárdez 2004: cap. 3), continuando así en cierto modo, aunque de forma mucho más completa y profundamente revisada, la tradición filológica del s. XIX. Nos ocuparemos aquí de otro tipo de estudio, más recientemente desarrollado.

2. HACIA UN MODELO EVOLUTIVO DEL CAMBIO LINGÜÍSTICO

Este tercer campo de interconexión se centra en elaborar un modelo evolutivo que explique el cambio lingüístico, inspirándose en modelos evolutivos ya desarrollados en el campo de la biología, pero con una validez más amplia. El objetivo es ir más allá de una mera analogía parcial y partir de la premisa de que tanto los sis-

temas biológicos como las lenguas ofrecen comportamientos comunes en virtud de su capacidad de evolución. En uno y otro ámbito, en efecto, los aspectos más relevantes desde este enfoque son la *variación* intrínseca de las unidades pertinentes en cada ámbito y la eventual *selección* de algunas variantes a costa de la extinción de otras. Para ello es necesario que el modelo identifique los mecanismos y procesos que se producen en la evolución biológica con el suficiente grado de abstracción y generalidad como para que su aplicación sea pertinente en el terreno del cambio lingüístico en tanto que subfenómeno del fenómeno general de la evolución o transmisión cultural. Una perspectiva integradora como ésta sugiere que la evolución ya no se concibe como un fenómeno exclusivamente biológico, aunque sea en la biología donde se manifieste de manera más notoria. Esta exploración viene así a remediar el principal defecto que se achacaba a la biología como disciplina científica hace medio siglo.

Una primera propuesta importante con vistas a trascender la esfera biológica para abarcar la cultural fue la del biólogo Richard Dawkins (1976), quien acuñó el término *mema* como unidad básica sociocultural susceptible de experimentar un proceso evolutivo, inaugurando así la disciplina de la *memética*. Otra propuesta corrió a cargo de David Hull (1988), también biólogo, a la vez que filósofo de la ciencia, quien presentó una teoría generalizada de la selección capaz de integrar tanto la evolución biológica como los cambios conceptuales en la historia de la ciencia. Como luego veremos, esta teoría generalizada ha resultado más trascendente para la lingüística.

Una característica crucial de esta teoría es que difiere claramente de una concepción bastante extendida, según la cual el cambio cultural, a diferencia del cambio biológico, no es el resultado de un proceso darwiniano, sino que se produce por un mecanismo lamarckiano, conocido por la formulación de “herencia de los caracteres adquiridos”. Así, por ejemplo, Stephen Jay Gould afirma: “La evolución cultural humana [...] es de carácter lamarckiano. Lo que aprendemos en una generación lo transmitimos directamente por medio de la enseñanza y la escritura. Los caracteres adquiridos son heredados en la tecnología y la cultura” (1980/1994: 71-72; véase también 1996: 222). Un cambio cultural concebido en términos lamarckianos tiene, sin embargo, la dificultad de explicar con suficiente precisión qué restricciones operan en este tipo de transmisión que tienen como resultado el hecho de que, pese a la afirmación de Gould, no toda innovación –cultural y, para el caso, lingüística– acaba viéndose transmitida o, más específicamente, propagada a las siguientes generaciones. La diferencia fundamental entre un proceso de tipo lamarckiano y un proceso de tipo darwiniano es que en el primero no se establece una clara separación entre las fuerzas internas y las externas al organismo, mientras que en el segundo dicha distinción es radical: hay una completa alienación entre el organismo y el ambiente o medio (Lewontin 1997: 129). Los individuos sólo tienen un cometido secundario: garantizar en la medida de lo posible el éxito reproductivo y transmitir su dotación genética a la descendencia. En consecuencia, la selección dependerá no tanto de los logros individuales del organismo en cuestión sino, de manera crucial, de las condiciones ambientales. El modelo de Hull concede una relevancia especial a este requisito de tipo darwiniano, haciendo especial hincapié

en las condiciones ambientales también en la evolución conceptual en la historia de la ciencia. Pero su modelo permite una aplicación más amplia.

3. ANÁLISIS GENERALIZADO DE LA SELECCIÓN (HULL 1988)

El modelo de Hull (1988: especialmente, caps. 11 y 12) es, como ya hemos indicado, una teoría generalizada (o análisis generalizado) de la selección y, pretende, por consiguiente, trascender los límites de la biología para abarcar el terreno socio-cultural. En dicha teoría se presenta un marco para el análisis del cambio por *replicación*, un concepto ya adelantado por Dawkins. La replicación (a diferencia de un cambio inherente, en que se produce una transformación de las propiedades de un objeto a lo largo del tiempo) es un proceso que produce copias de una entidad que conservan en buena parte la estructura del original en su réplica. Un supuesto importante es que el proceso de replicación no es perfecto y que, previsiblemente, se producirán modificaciones en el proceso de copia que darán como resultado un cambio. Las réplicas que indefinidamente se irán produciendo formarán un conjunto de *replicadores*, de los cuales a su vez partirán una serie de *linajes*. Todas estas entidades presentarán, necesariamente, variación.

Otra unidad fundamental del modelo de Hull es el *interactor*, entidad que interactúa con el ambiente de tal modo que ocasione una replicación *diferencial* de los replicadores relevantes, esto es, un aumento en la frecuencia de determinados replicadores a expensas de otros replicadores. Es esta replicación diferencial la que constituye el mecanismo de la *selección*, definido como “a process in which the differential extinction and proliferation of interactors *cause* the differential perpetuation of the relevant replicators” (Hull 1988: 409, cursivas en el original). La evolución es, por consiguiente, un proceso que se produce en dos fases: replicación, que encierra variación entre replicadores, e interacción ambiental por parte de los interactores, que en último término ocasiona la selección de los replicadores relevantes. Este segundo escalón del proceso es el que revela el enfoque plenamente darwiniano del modelo.

En el modelo no se especifica, ni siquiera en el terreno biológico, cuáles deben ser los elementos que operan como replicadores e interactores. Sin embargo, en la evolución biológica, el replicador paradigmático es el gen, dado que es una entidad estructurada que es objeto de copia, y el interactor paradigmático es el organismo, puesto que es la entidad típicamente susceptible a la interacción ambiental. Con todo, en diferentes niveles de análisis, otras entidades pueden ser relevantes. Entre ellas destaca la *población*, nivel de organización manejado actualmente en biología en relación con los organismos sexuales y que supone una reformulación de la unidad tradicional de especie, debido a los problemas que acarrea su definición clásica, basada en un conjunto de características supuestamente inherentes a sus miembros. La población, en cambio, no se define en términos esencialistas, sino en virtud de una propiedad relacional: la posibilidad de apareamiento entre sus miembros y, aún más importante, el aislamiento reproductivo con miembros de otras

especies (Hull 1988: 102). Aunque los individuos difieran notablemente en sus características físicas o de comportamiento, serán miembros de una especie si forman una población en este sentido evolutivo del término. Esta propiedad es gradual: la mayor o menor cohesión de la población dependerá del grado, mayor o menor, de apareamiento y aislamiento. El definir la especie en términos de población supone una revisión metodológica, ya que hace hincapié en el hecho de que las poblaciones –y, por tanto, las especies– constituyen primariamente entidades espacio-temporales, esto es, entidades históricas. En relación con el proceso evolutivo, es importante reseñar que la replicación más relevante se producirá no tanto en relación con un interactor individual (microevolución) como la que tiene lugar en el seno de una población de interactores, definida según los criterios mencionados. En efecto, un cambio sólo es real cuando se propaga a la población (macroevolución). De ahí que los biólogos actuales afirmen que son las especies –las poblaciones– las que evolucionan.

Por último, los requisitos para la aplicación del análisis generalizado de la selección son, en primer lugar, la identificación en el fenómeno objeto de estudio de los elementos o roles pertinentes: replicador, interactor, ambiente. En segundo lugar, la identificación de los mecanismos causales que vinculan la operación de estos elementos en dicho ámbito. Lógicamente, esta aplicación sólo puede realizarse en relación con una entidad histórica, esto es, una entidad espacio-temporal. Éste es el modelo en el que se basa William Croft para, aplicándolo de forma sistemática al lenguaje, elaborar una novedosa propuesta de una teoría evolutiva del cambio lingüístico desde un enfoque darwiniano, a la que denomina Teoría de Selección de Enunciados (Theory of Utterance Selection).

4. TEORÍA DE SELECCIÓN DE ENUNCIADOS (CROFT 2000)

La Teoría de Selección de Enunciados constituye la aportación fundamental del libro *Explaining Language Change* (Croft 2000). El libro comienza con una breve consideración en el capítulo 1 sobre aspectos teóricos que debe cumplir una teoría del cambio lingüístico. En el capítulo 2 se expone la propuesta central en lo que se refiere fundamentalmente a la identificación de los elementos de la teoría de Hull. Los mecanismos, por su parte, se detallan en los capítulos 3 al 7. El capítulo 3, además, ofrece una comparación de la teoría expuesta con otras conocidas teorías. El capítulo 8 aborda el estudio de la complejidad de las relaciones filogenéticas entre las lenguas. Por último, el capítulo 9 es una breve recapitulación de lo expuesto. El libro concluye con un glosario de términos, una extensa bibliografía y diversos índices temáticos. El autor aclara que en este libro no se expone una teoría gramatical en este contexto teórico y remite a otra publicación (Croft 2001). A continuación expondremos sucintamente algunas de las propuestas fundamentales de la teoría.

Veamos en primer lugar los roles y sus relaciones causales.

El núcleo central de la Teoría de Selección de Enunciados es que el cambio lingüístico se produce mediante la replicación y selección de estructuras lingüísticas en la producción de enunciados cuando los hablantes hacen uso del lenguaje. La

teoría se enfoca, pues, de manera decidida a abordar los condicionamientos del uso lingüístico y es en este uso donde se manifiesta la replicación de forma más palpable. El replicador paradigmático, el equivalente al gen, no es, por tanto, el hablante, sino una estructura lingüística presente en un enunciado. Puede tratarse de sonidos, palabras o construcciones que el hablante ha interiorizado de algún modo a partir de enunciados previos a los que ha estado expuesto. Para este replicador, Croft propone el término de *linguema* (28).

Sin embargo, se establece una distinción, no contenida en el modelo de Hull, entre replicación *normal* y replicación *alterada*, dependiendo de si la estructura replicada es idéntica o no a la original (23). La explicación de esta distinción es como sigue: “Normal replication is simply conformity to linguistic convention. Altered replication is the result of not conforming to linguistic convention” (31). Aunque la introducción del concepto de replicación normal está íntimamente ligada a la exposición sobre la convención como mecanismo principal de la estabilidad del lenguaje (cap. 4, v. §5), esta diferenciación entre replicación normal y alterada modifica de manera importante el presupuesto teórico de la existencia omnipresente de variación en todo proceso de replicación, básico para permitir la posterior selección de variantes. El propio autor parece reconocerlo al afirmar en su análisis de la convención: “There is no sharp distinction between conservative and innovative language use. All language use is innovative, to some degree” (104). De acuerdo, pues, con esta diferenciación, la replicación alterada es el cambio que se produce en un linaje de replications específicas y como tal, el fenómeno que subyace a la *innovación* en el cambio lingüístico. Ésta es la primera fase del proceso de replicación.

La segunda fase viene dada por la replicación diferencial, que es el cambio en la frecuencia relativa de replicadores dentro de un conjunto (o dicho en terminología sociolingüística, “variable lingüística”), ya se trate de un sonido, una palabra o una construcción que experimente una proliferación a costa de otros replicadores. La replicación diferencial es la que constituye la *propagación* en el cambio lingüístico.

La replicación diferencial la ocasiona la interacción ambiental. El interactor paradigmático se identifica con el *hablante* o, con más precisión, la gramática o conocimiento estructurado que cada hablante tiene sobre su lengua y es, por tanto, una entidad psicológica real e individual y por ello una entidad espacio-temporal (27). La elección de variantes lingüísticas dependerá de lo que se hable y sobre todo de a quién se hable (“the other members of the speech community, the social context of the speech event, and the goals of the speech event itself”), lo que constituye el ambiente (27).

Esta perspectiva condiciona una revisión de conceptos tradicionales, como los de ‘enunciado’, ‘gramática’, ‘etimología’ etc., dentro de este marco teórico, pero interesa en especial el equivalente a la definición poblacional de especie, esto es, una definición poblacional de lengua. La lengua queda definida como una población de enunciados producidos por los miembros de una comunidad lingüística (26), caracterizándose, pues, como una entidad histórica y alejándose de la definición basada en un conjunto de oraciones (cf. §1), el cual es infinito y no constituye una entidad

histórica. Por su parte, la comunidad lingüística también debe definirse como el grupo de hablantes –los interactores– que se “aparean” comunicativamente y que están comunicativamente aislados de otros hablantes pertenecientes a otras comunidades lingüísticas (166-173), mostrando, como en el caso de las poblaciones biológicas, distintos grados de cohesión interna en relación con estos criterios. Como puede verse, esta definición es más social que puramente lingüística. Otro concepto importante es el de ‘pool de lenguemas’, que se refiere a todo el conjunto de enunciados presente en una lengua (28-29). Estos lenguemas son los que forman los linajes que detallan la historia de los sonidos, palabras y construcciones de la lengua y que se relacionan con los cambios fónicos, las etimologías y las cadenas de gramaticalización de las construcciones (32-37).

5. MECANISMOS

Tal y como indica Gould (1997: 52), los dos temas principales de la historia natural son la diversificación y la estabilidad. De modo que si desde la perspectiva que aquí comentamos el cambio es parte esencial del lenguaje, también lo es la estabilidad. Croft concede una importancia crucial a la estabilidad (sobre todo en el capítulo 4), señalando que el hecho más central del lenguaje es que se trata de un sistema de convenciones. La ausencia de cambio manifiesta la conformidad a la convención –replicación normal–, mientras que el cambio lingüístico representa la evolución de las convenciones: replicación alterada como ruptura de una convención y la eventual adopción, o abandono, de una convención –replicación diferencial, selección o propagación–. La convención, por consiguiente, se instituye como fundamentación principal de la teoría de selección de enunciados.

Otro aspecto específico se refiere a los mecanismos causales del cambio. Croft establece una clara diferenciación entre la primera y la segunda fase del cambio, esto es, entre la innovación y la propagación: la motivación es comúnmente funcional en el surgimiento de la innovación, pero no en el caso de la propagación o selección, cuya única motivación es social, postura que defiende apoyándose en la investigación sociolingüística. A este respecto, es muy relevante la discusión sobre los tipos de mecanismos causales del cambio que se han manejado en la disciplina de la lingüística histórica (62-71). Así, Croft se sitúa en la postura de los autores que rechazan el análisis del cambio lingüístico como cambio teleológico (como por ejemplo, Haspelmath, 1999, que denuncia la “falacia teleológica” de algunas explicaciones), dado que el cambio lingüístico no tiene como objetivo el cambio mismo del sistema lingüístico; sin embargo, debido a que el uso del lenguaje implica una conducta intencionada, puesto que los hablantes siempre tienen objetivos comunicativos, sí pueden existir innovaciones que se deban a la búsqueda de algún objetivo diferente. Se trataría de un resultado inintencionado de una acción intencionada (lo que Keller, 1990/1994, denomina un “fenómeno de la tercera clase”) y por ello el autor denomina ‘intencionados’ (“intentional”, 65) a estos mecanismos. A este respecto se analizan varias de las motivaciones que se han manejado en este terre-

no –expresividad, economía, evitar posibles malentendidos, identificación con un grupo social–.

En los capítulos 5 y 6 se analiza otro tipo de cambio, denominado ‘inintencionado’ (“nonintentional”): el producido como resultado inintencionado del acto intencionado de *no* cambiar el lenguaje, esto es, de ajustarse a la convención. La explicación que se ofrece a este tipo de cambio (117-20) tiene una clara base semiótica: reside en la complejidad de la codificación y descodificación del lenguaje. La correlación entre forma y significado o función (“form-function mapping”) vinculada a cada replicador –forma gramatical, enunciado– es un proceso dinámico e intrínsecamente variable y hay por ello una constante indeterminación en dicho proceso. Pese a que los interactores –los hablantes– tienden a ser conservadores, esta variabilidad puede aflorar con facilidad y puede por tanto producirse un reanálisis en la correlación entre forma y función de las construcciones gramaticales. Aunque este enfoque semiótico recuerde al clásico binomio *significante-significado* saussureano, la inestabilidad y consiguiente indeterminación de la correlación, y por tanto su inherente variación, marcan una diferencia significativa con respecto al emparejamiento más estático del lingüista suizo.

A continuación, se ofrece una tipología deliberadamente reducida de este tipo de cambios, en tanto que mecanismos de innovación, la cual pretende reunir las diversas clases ya estudiadas tradicionalmente bajo otras denominaciones, desde el ángulo del reanálisis producido en la correlación entre forma y función de la forma gramatical –palabras o construcciones–. En el capítulo 5 se analizan los pertenecientes al nivel sintagmático: hiperanálisis, hipoanálisis, metanálisis y criptoanálisis, con profusión de ejemplos. Como característica relevante de esta exposición, hay una inclinación a atribuir los cambios más a la recepción que a la producción, esto es, más a la interpretación del oyente que a la acción del propio hablante, con la intención de contrarrestar el sesgo tradicional hacia la figura del segundo en detrimento del primero (“language is not serving its purpose unless the hearer does his part”, 89). Sin embargo, este intento de inclinar la balanza hacia el lado tradicionalmente desatendido quizá descompense el análisis del acto comunicativo en su necesario equilibrio. En el capítulo 6 se revisan los mecanismos de innovación correspondientes al plano paradigmático –interferencia e intraferencia– y concluye con una discusión sobre la gramaticalización (fenómeno esencialmente sintagmático, aunque el autor distingue dos planos, sintagmático y paradigmático, en su clasificación) y se aborda la cuestión de su unidireccionalidad (v. §7). Con todo, el autor reconoce que hay cambios que quedan excluidos de su tipología: “Processes such as phonological erosion and genuine structural reanalysis in grammatical constructions cannot be interpreted as involving the form-function mapping” (165). No se aportan argumentos para esta afirmación, por lo que es asunto abierto a discusión. Pero sí resulta llamativo el hecho de que el importante fenómeno del cambio fónico no reciba el tratamiento que merece dentro de este marco teórico.

Los mecanismos de la segunda fase del proceso, la selección de las innovaciones, o propagación, a toda la comunidad lingüística, se abordan en el capítulo 7. Como hemos señalado más arriba, el carácter de dichos mecanismos no es funcio-

nal, sino que se concibe como únicamente social, dado que supone la relación del hablante —el interactivo— con la sociedad a la que pertenece —el ambiente—. La propagación de una innovación implica la selección de una convención a expensas de otra u otras y el mecanismo básico para ello es la identificación con un grupo social. La “Primera Ley de la Propagación” se formula como la tendencia a aumentar la convencionalidad de una sola variante lingüística dentro de una comunidad, aunque este proceso sea largo en el tiempo (176). El estudio de las poblaciones biológicas ofrece al autor la posibilidad de establecer paralelismos entre ellas y los conceptos ya elaborados por la sociolingüística para mostrar la semejanza de los mecanismos selectivos. Destaca en particular el paralelismo existente en la tendencia a la homogeneidad relativa, y por tanto a la relativa estabilidad, que se produce en el contexto de grandes poblaciones, en oposición a las pequeñas, tanto en lo relativo a la dotación genética desde el punto de vista biológico como a las convenciones desde el punto de vista lingüístico.

6. ICONOS CANÓNICOS: ZOOCENTRISMO Y PROGRESO

“Zoocentrism notwithstanding, not all organisms are animals”, afirma Hull (1988: 416), para señalar que no todos los niveles de organización biológica muestran una nitidez semejante a la que solemos asociar a los organismos animales, ni tampoco se produce siempre una evolución marcada por la divergencia de especies, tal y como es típico en la evolución en el reino animal. Las plantas pueden llegar a mostrar una organización más compleja, pueden producirse con frecuencia procesos de hibridación de especies y, además, en algunos casos de hibridación la nueva especie híbrida puede intercambiar genes con las especies ascendientes, en un proceso conocido como ‘introgresión’. El capítulo 8 se inicia haciendo hincapié en estos hechos para proponer una sustitución de la concepción tradicional de la descendencia de las lenguas, condicionada por uno de los dos “iconos canónicos” denunciados por Gould (1997), el del cono de diversificación creciente, popularizado a través de la imagen del árbol genealógico (como el utilizado desde Schleicher, cf. §1), y que tiene su base en una visión zoocéntrica de la evolución. En efecto, tras este icono laten al menos dos ideas: la primera es que una lengua no puede tener más de un ascendiente; la segunda es que la evolución de las lenguas es siempre divergente. Sin embargo, en la evolución de las lenguas, afirma Croft, una visión botánica es más adecuada que la zoocéntrica, dado que la hibridación es un fenómeno frecuente en este ámbito y pueden producirse procesos equivalentes a la introgresión. Se analizan a continuación las diversas formas de hibridación lingüística (v.gr. fusión, préstamos, interferencias, lenguas mixtas, pidgins y criollos).

Otro icono canónico mencionado por Gould es el de la escala de progreso evolutivo, según la cual toda evolución equivale a progreso (mito no debido a Darwin, quien prefería hablar de “descendencia con modificación”). Croft ofrece una interesante discusión sobre el concepto de progreso en relación con el cambio biológico y con el cambio lingüístico (78-84). El progreso, tanto en biología como en lin-

güística, es una noción desprovista de juicio valorativo y sólo puede manejarse en relación con la dirección de un cambio. Tanto en uno como en otro ámbito, sólo puede constatarse una selección localmente progresiva, no globalmente progresiva, es decir, hay un cambio en una dirección definida por los mecanismos de selección. En el caso lingüístico se analizan los resultados de la investigación tipológica. Una discusión interesante es el efecto de la escritura y si los cambios motivados por ella en la lengua pueden considerarse o no como un posible progreso global (82-84).

7. TEORÍAS COMPATIBLES Y TEORÍAS INCOMPATIBLES

Una vez expuestas las características más importantes de este enfoque, puede compararse con otras teorías de cambio lingüístico. A este cometido dedica el autor la mayor parte del capítulo 3. Dentro de las teorías, se presta especial atención a refutar aquélla que basa el cambio lingüístico en la modificación de la gramática del niño –“child-based model”–, la cual es principalmente, aunque no únicamente, defendida por los lingüistas pertenecientes a la escuela generativa (44-53). Sin entrar aquí a valorar el componente hereditario de la competencia lingüística defendido por esta escuela –el innatismo de la facultad del lenguaje–, puede señalarse que, en terminología evolutiva, dicha teoría concibe la gramática como replicador, no como interactor, del proceso selectivo, dado que la gramática se replica en su conjunto cuando el niño aprende una lengua. La replicación alterada se produce cuando el niño, a partir del uso que observa en los adultos, intuye una gramática diferente a la de ellos (por lo que, en este sentido, el uso es también crucial en este otro enfoque y supone un problema teórico para el innatismo del lenguaje, cf. Bernárdez 2004: 270). Debido a que en conjunto las generaciones más jóvenes sobreviven a las más viejas, serán esas gramáticas alteradas las que prevalecerán, produciéndose el cambio lingüístico. Los argumentos que Croft presenta en contra de este enfoque son numerosos, pero pueden destacarse tres: (a) el tipo de cambio documentado en la lingüística histórica es diferente al mostrado por la conducta lingüística infantil; (b) los niños muestran una adquisición muy sólida de la lengua de los adultos; (c) la investigación sociolingüística demuestra que la edad en que los niños comienzan a ser agentes del cambio lingüístico –propagadores de una innovación– es la adolescencia, cuando el proceso de adquisición ha culminado en gran medida. La teoría expuesta por Croft es, por tanto, claramente incompatible con la defendida por los generativistas. Esta incompatibilidad, podemos añadir, es tanto más evidente si observamos que para esta escuela la competencia lingüística y el cambio lingüístico se rigen por procesos diferentes: si la primera se hereda de modo darwiniano, el segundo se produce de acuerdo con un mecanismo lamarckiano, dado que es la gramática alterada –esto es, “adquirida”– la que se replica en su conjunto a las siguientes generaciones.

Otras teorías a las que el autor dedica su interés son las que abordan explícitamente el uso lingüístico, a las que el autor denomina, de acuerdo con el término de su propia teoría, “utterance-based theories” y que pueden también corresponderse

con el enfoque funcional-tipológico: la lingüística sociohistórica, la teoría de la mano invisible y la teoría de la gramaticalización (53-62). La teoría de selección de enunciados es muy próxima a este segundo grupo, y en el libro se hace constante uso del resultado de sus investigaciones. Con todo, el autor les achaca omisiones importantes. En particular, señala que la investigación debida a la lingüística sociohistórica ha sido crucial para el análisis de la propagación como fenómeno social, pero ha descuidado la explicación del surgimiento de las innovaciones.

La teoría de la mano invisible (Keller 1990/1994) ofrece, por el contrario, un detallado análisis de la innovación, en gran medida seguida por el autor, quien hace uso de las máximas estáticas formuladas por Keller para su análisis de la replicación normal (71-72) y de las máximas dinámicas para el de la replicación alterada (74-75). El problema, señala Croft, es que esta teoría no contempla la propagación como mecanismo independiente, sino como efecto acumulado de las elecciones lingüísticas concretas de los hablantes, las cuales dependerán de las condiciones “ecológicas” o condiciones concretas de uso: en las mismas condiciones ecológicas, los hablantes harán la misma elección lingüística. El autor insiste en que las acciones individuales independientes no explican la propagación de una innovación concreta frente a otras posibles, esto es, la adopción de una nueva convención. Esta misma ausencia referente a un modelo de selección puede observarse en la teoría de la gramaticalización, aunque no figura entre sus objetivos. Sin embargo, es perfectamente compatible con las teorías centradas en el uso lingüístico.

El autor insiste especialmente (38-40) en que su teoría no puede considerarse una analogía o una metáfora, sino la aplicación sistemática del análisis generalizado de la selección de Hull, modelo en el cual se especifican los roles pero no los mecanismos causales que dan lugar a la selección en el ámbito de estudio. Por esta razón, alerta sobre el hecho de que pueden producirse falsas analogías entre el dominio biológico y el lingüístico en lo tocante a los mecanismos. Una importante diferencia es que en la biología la adaptación funcional se considera uno de los factores primarios en la selección de los organismos (según la conocida formulación de “supervivencia de los más adaptados”) y hay en efecto, lingüistas que defienden que en la evolución lingüística la selección muestra también una adaptación funcional (o motivación funcional) para la comunicación, análogamente a las explicaciones adaptativas de la biología evolutiva (por ejemplo, Vennemann 1993, Haspelmath 1999). Croft se apoya en la evidencia empírica (principalmente debida a la lingüística sociohistórica) para defender que la selección lingüística está regida por fuerzas sociales poco o nada vinculadas a una adaptación funcional para la comunicación (39). Sin embargo, esta postura exige explicar el fenómeno frecuentemente atestiguado de la direccionalidad (o unidireccionalidad) del cambio lingüístico, el cual puede suponer un argumento a favor de la selección adaptativa. Croft sitúa el fenómeno de la adaptación funcional no en la selección, sino en las restricciones que operan en el surgimiento de la innovación y a este respecto, analiza la relevancia de los mecanismos de isomorfismo, motivación icónica y motivaciones rivales (140-143). Con todo, hay que hacer notar que estudios recientes dentro del enfoque evolutivo presentan argumentos para defender que los factores funcionales son real-

mente operativos dentro del mecanismo de selección, como defiende Guido Seiler (en prensa), analizando un caso de variación dialectal en alto alemán. Para este autor, limitarse a considerar únicamente los factores de tipo social en la propagación puede deberse a un sesgo empírico: los casos mencionados por Croft de competición de variantes provienen de los estudios sociolingüísticos, pero el objetivo de la sociolingüística es precisamente mostrar que los factores sociales guían la elección de variantes; pese a ello, insiste Seiler, no puede descartarse que existan otros factores (en este caso, funcionales) que puedan influir en dicha elección.

Desde otro ángulo, podemos mencionar que otros lingüistas no son tan reticentes como Croft para admitir que los paralelismos observables entre los mecanismos biológicos y los lingüísticos pueden perfectamente partir de una metáfora explícita sin que ello suponga una merma de su validez teórica. Así, una propuesta contemporánea a la de Croft se debe a Enrique Bernárdez (2001), quien investiga las implicaciones de la metáfora “una lengua es una especie biológica” y aporta la argumentación teórica que le lleva a rebatir las premisas que sustentan la concepción lingüística de la escuela generativa, la cual nace también, siquiera sea implícitamente, de otra metáfora: “un lenguaje natural es un lenguaje formal”. La perspectiva adoptada por este autor no se detiene aquí, sino que incorpora el fruto de la investigación de la neurobiología, vinculando así la evolución lingüística filogenética con la ontogenética, para incluir finalmente las técnicas y conceptos de la teoría sinérgica y de la teoría del caos. En consecuencia, propone una nueva metáfora que trasciende la biología: “una lengua es un organismo complejo autorregulado”, dado que permite observar las “similitudes de fondo entre el lenguaje y otros fenómenos biológicos, físicos y químicos, que muestran comportamientos semejantes describibles con las mismas matemáticas” (2001: 15). El marco teórico es, pues, aún más general que el sugerido por la biología.

8. CONCLUSIÓN

Aunque otros lingüistas han venido también haciendo uso de conceptos y mecanismos provenientes de la biología desde los años inmediatamente posteriores a la renovación de estos estudios (véanse, entre otros, Lass 1990, 1997; Ritt 1995), hasta hace bien poco tiempo estas exploraciones han levantado fuertes suspicacias, como señalaba April McMahon: “Evolution [...] has become a ‘dirty word’ in modern linguistic theory” (1994: 314, subrayado en el original). Pero el tiempo se hallaba maduro para esta investigación. Algo más tarde, Paloma Tejada, tras analizar una serie de ideas biológicas aplicadas al terreno de la evolución lingüística, concluía: “Con todo, habremos de esperar algún tiempo para realizar una síntesis de las descripciones que están haciéndose desde órbitas bien distintas” (1999: 58). El modelo evolutivo de enfoque darwiniano expuesto por Croft constituye la propuesta más desarrollada hasta el momento y parece representar una contribución más que aceptable hacia la síntesis reclamada por Tejada tan sólo un año antes. En efecto, dicho modelo supone una aportación muy importante con el fin de integrar en una sola

teoría un marco tanto para el análisis del cambio lingüístico como, en último término, del lenguaje. Ciertamente, la variación es una propiedad esencial del lenguaje y el cambio una parte esencial del mismo. Desde esta perspectiva, determinadas dicotomías que han venido imperando en el estudio lingüístico durante la mayor parte del siglo XX quedan superadas: la establecida entre cambios “internos” y “externos” o la diferencia entre una sincronía como sistema homogéneo y una diacronía como sistema cambiante a lo largo del tiempo.

A este respecto, queda también superada otra división tradicional de la práctica de la lingüística histórica. Por un lado, la investigación “tradicional”, con raíces en la investigación filológica, que mediante métodos diversos (estudio de documentos, método comparado, procesos diacrónicos derivados de universales tipológicos) ofrecen explicaciones “formales” o funcionales. Por otro, la lingüística sociohistórica, que propone explicaciones sociales. Desde el enfoque de la teoría aquí reseñada, ambas prácticas pertenecen a dos fases, innovación y propagación, respectivamente, de un mismo proceso. Esta integración de perspectivas en un único modelo es, por consiguiente, una de sus grandes potencialidades.

Otra de sus potencialidades es, como hemos señalado en §7, que permite perfectamente la incorporación de herramientas de análisis aún más amplias que la propia biología.

REFERENCES

- Bernárdez, Enrique (2001). De monoide a especie biológica: aventuras y desventuras del concepto de lengua. *Círculo de Lingüística Aplicada a la Comunicación* 7 <http://www.ucm.es/info/circulo/no7/bernardez.htm>
- Bernárdez, Enrique (2004). *¿Qué son las lenguas?* 2ª ed. Madrid: Alianza.
- Cavalli-Sforza, Luca y Francesco (1993/1994). *Quiénes somos: Historia de la diversidad humana*. Traducción de J. Vivanco. Barcelona: Crítica.
- Christiansen, Morten y Simon Kirby, eds. (2003). *Language evolution*. Oxford: Oxford University Press.
- Croft, William (2001). *Radical construction grammar: syntactic theory in typological perspective*. Oxford: Oxford University Press.
- Dawkins, Richard (1976). *The selfish gene*. Oxford: Oxford University Press.
- Gould, Stephen Jay (1980/1994). Sombras de Lamarck. En: *El pulgar del panda*. Traducción de A. Resines. Barcelona: RBA Editores, pp. 66-72.
- Gould, Stephen Jay (1996). *Full house: The spread of excellence from Plato to Darwin*. London: Jonathan Cape.
- Gould, Stephen Jay (1997). Ladders and cones: Constraining evolution by canonical icons. En R.B. Silvers, ed.: 37-67.
- Harris, Richard y Talbot J. Taylor (1997). *Landmarks in linguistic thought I*. 2ª ed. London: Routledge.
- Haspelmath, Martin (1999). Optimality and diachronic adaptation. *Zeitschrift für Sprachwissenschaft* 18.2: 180-205.
- Hull, David L. (1988). *Science as a process. An evolutionary account of the social and conceptual development of science*. Chicago: University of Chicago Press.

- Jones, Charles, ed. (1993). *Historical linguistics. Problems and perspectives*. London: Longman.
- Keller, Rudi (1990/1994). *On language change. The invisible hand in language*. Traducción de B. Nerlich. London: Routledge.
- Lass, Roger (1990). How to do things with junk: exaptation in language change. *Journal of Linguistics* 26: 79-102.
- Lass, Roger (1997). *Historical linguistics and language change*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lewontin, R. C. (1997). Genes, environment, and organisms. En R.B. Silvers, ed.: 115-139
- McMahon, April (1994). *Understanding language change*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Nedergaard, T. O., ed. (en prensa). *Proceedings of the Workshop on different models of linguistic change, ICHL XVI*. Amsterdam: Benjamins.
- Ritt, Nikolaus (1995). Language change as evolution: looking for linguistic 'genes'. *VIEWS (Vienna English Working Papers)*, vol. 4, 1: 43-56.
- Seiler, Guido (en prensa). The role of functional factors in language change. An evolutionary approach. En Nedergaard, ed. http://www.ds.unizh.ch/gseiler/download/seiler_ICHL.pdf
- Silvers, Robert B., ed. (1997). *Hidden histories of science*. London: Granta Books.
- Tejada Caller, Paloma (1999). *El cambio lingüístico. Claves para interpretar la historia de la lengua inglesa*. Madrid: Alianza.
- Vennemann, T. (1993). Language change as language improvement. En C. Jones, ed.: 319-344.